

trará que en el huerto de esta mujer uruguaya no fué inútil toda la siembra:

Hoy estoy tan triste que me besa
 [el silencio y pasa.
 Tan triste... que ni el recuerdo me
 [salva!
 Toda amarga y exprimida como un
 [lirio truncado!
 ¿No hay un poco de ternura en el
 [búcaro de tus labios?
 ¿Con qué riego yo esta frente de tris-
 [teza amenazada?
 Y se quema sola, sola, la flor que el
 [pecho fecundara,
 y se bebe lenta, lenta, toda su savia!
 Cuando estoy sin consuelo, oh amado
 riégame con un beso el alma!

Creemos que, sin pecar de optimistas, y sin que se nos diga que intentamos atenuar lo ya dicho, los versos copiados dejan una esperanza.

BREVES.—A. Rendic I.

Es un acierto indudable el título que este joven escritor de Antofagasta ha dado a su primer libro. Todos sus poemas son brevísimos. Pero también, con absoluta propiedad, pudo llamarlo «Monótonos», ya que su obra adolece de este defecto imperdonable en literatura: la monotonía.

Igualdad de forma, que quiere ser verso sin conseguirlo, y a la larga fastidia con su pobreza repetida, y un persistente y opaco medio tono que no logra levantarse de la vulgaridad fastidiosa.

La difícil sencillez, buscada afanosamente por el autor de «Breves» (1) es aquí miseria de expresión

(1) Antofagasta, Chile, 1932. Imprenta Varas, editores.

y de ideas. Hablar con sencillez no es hablar como todo el mundo: en arte, la sencillez consiste en unir la belleza y la claridad. Y esto no lo ha conseguido el señor Rendic, acaso por inexperiencia, o tal vez por un error de visión artística.

Libro ingenuo, que da escaso margen al comentario, todos sus poemas llevan un consejo, como éste de la página 29 que transcribimos íntegro:

No mientas.
 La mentira es hija de la maldad
 Tú eres buena:
 no debes mentir!

Quando mientes,
 tus ojos se nublan,
 la risa huye de tus labios
 y se acelera tu aliento.....
 Es que tu conciencia
 se rebela contra ti
 y te reprende.

Tú eres buena:
 Procura no mentir

Es evidente que no puede exigirse mayor precisión ni mayor sencillez. Pero en el poema copiado no está la belleza que los poetas dejan en su obra. Y ni siquiera hay un asomo prometedor.

EL ENCANTO DE LA ALHAMBRA.—
Francisco Villaespesa (1).

El gran autor de «El Alcázar de las Perlas», cansado de su lírico y bohemio peregrinaje por América, ha vuelto a España. Y con tesón admirable, no ceja en su tarea insistente de escribir sonetos y sonetos, olvidando que la hora artísti-

(1) J. M. Yagües, editor. Madrid, 1932.

ca de hoy reniega del marco estrecho y de la forma sobajeadá.

Este su último libro trae alrededor de ciento treinta sonetos. En todos ellos están latentes los asombrosos méritos de versificador que ya se le reconocieran más de una vez; pero la emoción y la elegancia de la forma no están en muchos de ellos. Entre todos, nos seduce el que tiene estos cuartetos bellísimos:

Desgarré la pureza de tantos al-
[maízales
y han dejado mis labios tantos vasos
[vacíos,
que ahora cifro mis únicos anhelos
[terrenales
en soñar con los besos que nunca
[fueron míos.

Siempre las mismas rosas en los
[mismos rosales
y los mismos ardores tras los mismos
[desvíos:
todo lo fuí perdiendo sobre los are-
[nales;
y de tedio, en la playa, se pudren
[mis navíos.

Ha incluido el poeta en este libro numerosos sonetos publicados en libros anteriores, como «Jardín en ruinas», «Leila», «Zulima», «Oro Viejo» y otros.

Más descuidada la forma en este libro de hoy que en «Panales de Oro» y «Palabras antiguas» aparecidos hace treinta años, Villaespesa no canta todavía su dolor de vivir. Y los que conocemos su aporreado y amargo vagabundaje seguimos a la espera de su estrofa desencantada.

A un poeta de su nombradía y de sus años sería inútil señalarle pecados que no pueden alcanzar miseri-

cordia, como ese «donde cuando el remanso» de la página 50, propio de un estudiante en sus iniciales arrestos líricos.

Villaespesa tiene ya hecha su labor perdurable en el teatro y en la lírica, y estos desmanes de última hora no pueden dañar su reputación. A lo sumo harán pensar a muchos en su inutilidad.—P. S.

ENSAYOS

UN ESTUDIO MAGISTRAL DE RUBÉN DARÍO.

Rubén Darío, el genio poético de nuestra raza, pasó por el mundo dejando una estela de luz y de piedras preciosas. En 1916 caía agotado por la exuberancia del vivir, y después de haber gustado de todas las esquiviteces y amarguras del placer y de la gloria, volvía al polvo humilde de donde saliera en su tierra natal, Nicaragua. Vióse admirado en el zenit de su carrera por todos los pueblos de lengua hispana, y en especial por la madre de todos ellos, España. Con justicia se le consideró como el poeta-mago de la lengua que fundía en su crisol de alabastro todas las bellezas de Grecia, de Roma, de Francia y de España. Fué un Mesías, redentor del estro poético en la lengua de Castilla. Fué un clásico, un romántico, un inspirado profeta que trazó nuevas rutas al arte de la poesía, y aún al de la prosa. En él hallaron expresión adecuada y nueva los sueños y mitos helénicos, la elegante sensibilidad